

# JULIÁN MARÍAS IN MEMORIAM

Extinción final de la famosa Escuela de Madrid

José Luis Balcárcel



**Cuando** el año anterior estaba por fenecer, me vi sorprendido por una de esas casualidades que lo ligan con hechos que tienen lugar en circunstancias que, con todo y la distancia geográfico física y la diferencia horaria o meridiana, se producen al unísono, en igual momento. De modo que, sin forzar las cosas, se los puede tener por sucesos acontecidos simultáneamente. Aquello resultaba en mí como especie de tránsito de un agrado satisfactorio, a un desagrado severo, conmoviéndome de modo extremo quedar ligado con dicha situación, aunque sin desconocer el azar existente.

Por un lado, el renovar la vivencia del goce de una relectura; y por otro, un lamentable hecho sucedido, del cual me enteraba después. Ambos producidos en tierras remotas, en ciudades y países distintos, como resultan ser la ciudad de México y Madrid, de donde por cierto había retornado yo apenas mes y medio atrás, después de haber podido hacerla mía otra vez, en breve estancia que me permitió reanudar mi reconocimiento y revisión bibliográficas de fondos específicos guatemaltecos.

Al hurgar y tratar una vez más de reordenar algunos libros de mi estudio, ese día sucedió que me quedara a mano, frente a los ojos, a la vista, *Idea de la metafísica*, de Julián Marías. De inmediato, complementando la casualidad que me brindaba la ocasión, cedí gozoso a dejarme atrapar de nuevo

por la relectura de ese no por breve menos apreciable libro, que ha concentrado mi atención de tiempo atrás. Se trataba éste de un reencuentro casual con *Idea de la metafísica*, diferente a los de búsquedas intencionales del mismo libro, llevadas a cabo a propósito, en circunstancias distintas. Como la de cuando preparaba los materiales de investigación, análisis y docencia orientados al cumplimiento y desempeño de la honrosa invitación académica recibida del Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Valencia, que tenía que ver con la filosofía de los españoles en México durante el exilio, principalmente con la de Gaos, vinculando con ello las aportaciones de otros intelectuales y artistas españoles en México mismo, en la Argentina, Chile, Venezuela, Ecuador, República Dominicana y Guatemala, cuando este país viviera el proceso democrático revolucionario que mucho lo condujo a sobresalir. Actividad de estudio y exposición temáticas en torno a diversas cuestiones del exilio español que, igualmente en relación con el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia, pude llevar a cabo, en parte, con el disfrute de una beca complementaria, por semestre sabático, que me otorgara la Dirección General del Personal Académico (DGPA) de la UNAM.

En relación con ello, me resultaba conveniente revisar *Idea de la metafísica*, dentro del conjunto de la obra de Julián Marías,

no obstante haber sido éste uno de quienes no creyeron necesario decidirse por el exilio. Sin embargo, a la vuelta de Ortega a España, a él mismo le correspondería ocupar el lugar que con anterioridad a su traslado había mantenido Gaos, sustituyéndolo en la situación y papel de cercano interlocutor del maestro. El estudio, seguimiento y proyección de la filosofía orteguiana, que impregnara definitivamente la suya misma, ponía en relación de uno u otro modo parte de lo que de Ortega y lo vuelto suyo propio trascendería de lo filosófico español a Latinoamérica.

En sentido semejante, con toda intención, después de mi regreso de España volvería a *Idea de la metafísica* entre los preparativos de mi participación en importante evento conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Ortega, organizado por maestros y estudiantes del departamento de filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Precisamente, con una plática sobre la recepción de la filosofía de Ortega en Latinoamérica. Por supuesto, después de Gaos, no podía quedar ausente Julián Marías con sus aportaciones, más que nada desde España, en torno a la filosofía del maestro y las repercusiones que en su momento alcanzó a tener. En particular, lo que respecto a la idea de la razón vital de Ortega que el autor recoge allí, en *Idea de la metafísica*.

Fueron diferentes estas lecturas y búsquedas en *Idea de la metafísica*, de la que comento al principio. Hasta ahí, nada de la relación de coincidencias, motivo de mi triste sorpresa aludida, por supuesto, la cual sólo comenzaría a darme vueltas en la cabeza a la mañana siguiente, cuando con desagradable y muy lamentable asombro me enteraría, a través del diario *La Jornada* en su edición del 16 de diciembre, de la muerte de Julián Marías el día anterior. Me percaté, con no poca sorpresa, de que la misma se había producido al mismo tiempo en el que yo releía, de manera absolutamente casual, su mencionado libro. La noticia consignaba una breve lista de obras del filósofo, y refería, entre los maestros suyos, junto a Ortega y Gasset, Xavier Zubiri, Manuel García Morente y Julián Besteiro, naturalmente a José Gaos.

Y en ese darme vuelta las cosas en la cabeza, me vinieron a la mente ideas y recuerdos de distintas circunstancias en las que Julián Marías se me hacía presente. De cuando había estado en México y lo conocí, en 1963, como participante distinguido en el XIII Congreso Internacional de Filosofía, en el cual, por cierto, se le brindara reconocimiento a la prestigiosa universalidad de la que disfrutara su maestro Gaos, de quien también yo tuviera el privilegio compartido de ser alumno suyo.

La oportunidad de conocer a Julián Marías se debió a una de esas suertes, no comunes, que pueden darse de acercamiento personal con celebridades intelectuales: el haberme correspondido participar como secretario, con funciones de coordinador y moderador, de una sección de comunicaciones libres, la de filosofía de las ciencias, de aquel congreso. Si bien Marías nada tenía que ver directamente en

cuanto tratamiento teórico con dicha sección, en cambio a mí aquello me permitía moverme con facilidad, sin inhibiciones, aunque conservando distancias prudentes, adecuadas y convenientes, entre las altas esferas que frecuentaban, y en cuyo seno circulaban, los participantes eminentes, entre los que naturalmente se movía Julián Marías.

Tanto así, que en él recaería una de las responsabilidades mayores brindadas a los filósofos invitados del exterior, otorgándoseles el encargo de actuar como conferenciantes. La conferencia que pronunció entonces Julián Marías se concentró nada menos que en torno al desempeño que ejerce la filosofía al profundizar, como misión propia suya, en la búsqueda de fundamentos y razones que se hallan relacionadas con la necesidad de penetrar, en general, hacia el fondo de los conocimientos posibles, profundizando en ellos. Para lo cual, mucho camino tiene la filosofía por desbrozar. Y en el proceso o procesos que en el transcurso de ese recorrido le hacen posible conseguir adentrarse, gradualmente, en la profundización del conocimiento, Marías utilizó, como símil ilustrativo de tan complejo procedimiento, el elemental ejemplo de la degustación de una alcachofa. El logro de conseguir llegarle al centro o corazón, en el que esta planta concentra lo esencial del deleite buscado, se obtiene sólo después de ir saboreando, una a una, por el lado de su extremo interior, las múltiples "cabezuelas" que en conjunto constituyen dicha planta.

Tal ejemplo de recurrir a esa flor comestible, o verdura, que más propiamente lo es, de inmediato me hizo recordar otro que referido a frutos utilizaba Gaos, al explicar los principios de la potencia y el acto, conforme al análisis de Aristóteles en la *Metafísica*. Ejemplo correlacionado con el adagio de que no puede pedírsele peras al olmo. Se requiere que se presente en potencia un algo que contenga propiedades específicas, cuya determinación se dé conforme a tales que, efectivamente, posibiliten su concreción dable así en ello, en acto, de consumarse como pera u olmo, según de lo que propiamente se trate, en su circunstancia íntima propia. Las peras dadas subyacían con propiedades posibles de darse como peras en el acto, a partir, y sólo entonces, de poseerlas en su situación de potencia. Lo mismo, indispensable de darse, para suceder, con el olmo, por lo tanto. Cuestiones del desarrollo de especificidades dadas, por dables, en su determinación. Por lo que, de un olmo en potencia se obtendrá un olmo en acto. Nada más y, por lo consiguiente, no una pera. Esta sólo devendrá tal de una que lo fuera en potencia, en su natural procesamiento determinativo.

Varias y diversas fueron mis lecturas de Julián Marías, de antes y después de su presencia personal en México, en aquel congreso. Algunas correlacionadas con las mencionadas en la nota periodística a la que me refiero y otras no alcanzadas a ser incluidas en la misma. Alguna de éstas, en realidad, de la mayor importancia, por su recuperación de los grandes textos de la filosofía, o por mejor decir de los que a través de la historia van

constituyéndola como tal, con el título de *La filosofía en sus textos*. Tanto que para mí resultaría de referente inmediato, en parte determinante, para titular un artículo que con motivo del número 50 de la nueva etapa de *Cuadernos Americanos* denominé "Pensamiento y cultura latinoamericana en sus textos".

De vuelta a la búsqueda de informaciones sobre la sensible pérdida, necesitado de recabar más al respecto, dejando de lado al menos de momento las rememoraciones mediatas, hechas inmediatas de nuevo, recurrí al diario español *El País* del mismo 16 de diciembre. Ahí, a lo ancho de la plana, en la sección La Cultura, un texto muy completo de Juan Cruz lo confirmaba heredero de Ortega y Zubiri, dando cuenta de su fallecimiento el día anterior en Madrid, a los 91 años. Se acompañaba con una nota introductoria de la redacción, que hacía recordar que, con Ortega, Marías fundara en 1948 el Instituto de Humanidades. Dejaba en claro que: "No enseñó en la universidad franquista, por discrepancias ideológicas, pero fue conferenciante y profesor en numerosas universidades de Europa y América". A la par de señalar que muerta la dictadura, con la muerte de Franco, Julián Marías fue hecho senador por designación real, de 1977 a 79, académico de la Lengua y de Bellas Artes y Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades.

Juan Cruz asegura en su texto que Julián Marías: "Sufrió, tras las Guerra Civil, persecución política y académica". Que "fue también, además de un educador y de un filósofo, un polemista preocupado por las cuestiones contemporáneas, que juzgó a través de su interpretación cristiana de la vida...de una cultura enciclopédica que nunca dejó de aumentar con una curiosidad infatigable. Católico, vallisoletano, viajero, cinéfilo, lector incansable, su casa era un caos de libros, muchos de ellos anotados...enseñó filosofía a sus numerosos alumnos en España y en América".

La escritora e historiadora María Rosa Alonso, que conociera a Julián Marías a partir de 1932, le comentaría a Juan Cruz: "Sabía que yo no era creyente, y él lo era, y discutíamos sin cesar, pero con un respeto que es reflejo de la hondura de su ser. Después de la guerra fue perseguido por mil mezquindades; era un liberal antiguo, un hombre comprensivo, una excelente persona".

También importantes, por lo mucho que llaman la atención, resultaban las aseveraciones que recogiera Juan Cruz de otro filósofo, Emilio Lledó, cercano amigo de Marías. Una, que subraya elementos dados a conocer por uno de los hijos de éste, el novelista Javier Marías, en el sentido de que "la mezquindad de la guerra llevó a un compañero suyo (de Julián) a denunciarle ante las autoridades franquistas; éstas tomaron nota, encarcelaron a Julián Marías y le cerraron el paso, tácitamente, a la Universidad, instando la suspensión de su tesis doctoral". Otra: "Si Marías hubiera estado en la Universidad, ésta hubiera sido distinta: Nadie tenía su claridad de ideas; no hay derecho a que Marías no hubiera tenido el lugar que le correspondía, por su claridad expositiva,

por su energía y por una sabiduría que entonces no podía compararse con la de ninguno de los que enseñaban filosofía".

Viene al caso señalar que cuando en el texto y citas a los que arriba me refiero se habla de la Universidad, a secas, de la que se trata, sin especificación mayor, es de la Central, Complutense de Madrid, en la cual había tenido asiento la denominada y reconocida Escuela de Madrid, formada por Ortega y Gasset y sus discípulos, profesores de su Facultad de Filosofía, entre quienes se distinguían García Morente, Zubiri, Gaos y Recasens Siches de manera principal. Escuela a la cual al último se incorporaría Julián Marías, alumno de los anteriores, como igualmente lo fuera quien sería el transterrado Gaos que tantas aportaciones le dejara a México y que sobre tantos latinoamericanos proyectara su influencia, en cuanto a fundamentación de sus ideas y pensamiento. Gaos había sido discípulo de Ortega, Zubiri y Morente como llamara a éste. Ahí, en esa circunstancia, Gaos sería, por lo mismo, profesor de Julián Marías.

Cruz y Lledó afirman también que impedido Marías de haber podido ejercer la enseñanza en la Universidad (ambos se refieren a la Central, Complutense de Madrid), "resistente a doblegar su dignidad... buscó sus propias áreas de docencia... (se entiende que aluden sobre todo a la Universidad Autónoma de Madrid), pero jamás se recuperó de la herida imperdonable que sufrió bajo el franquismo".

En otro contexto, en un artículo que escribiera el hijo del filósofo, el escritor, novelista, ensayista y profesor a ratos Javier Marías, el 16 de junio de 1994 en *El País*, titulado *El padre*, con motivo de los 80 años del filósofo, éste cuenta cómo Julián Marías fue impedido de presentar su tesis doctoral en 1942, y cómo sólo se le autorizaría hacerlo hasta 1951, "año en el que por fin se le permitió publicar artículos en la prensa diaria". En un curioso agregado, refiere que cuando fue propuesto para la Real Academia, Franco se expresó en los siguientes términos: "Es un enemigo del régimen, pero no puedo hacer nada. Sobre la Academia no tenemos control directo". Por demás está decir que el artículo de referencia está escrito con odio y cólera, en tono de reclamo y resentimiento porque al filósofo, su padre, nunca no se le ha otorgado de manera oficial ningún reconocimiento suficiente, aún durante la "etapa democrática". "Ni siquiera con un mísero Premio Nacional de Ensayo, que se ha entregado hasta a autores noveles con obras más bien escolares".

El indignado alegato se hizo extensivo a muchos que sí, en cambio, fueron reconocidos, hechos pasar por republicanos sin haberlo sido o parecieron serlo con afanes de conseguirlo, como Besteiro "tan ensalzado hoy por los socialistas y por casi todo el mundo hasta su rendición y aún después". El airado reclamo de hijo en demanda de premios oficiales al padre se volvería a repetir en la capilla ardiente, frente a los restos mortales del filósofo, según pudo recogerlos publicados *El país* (también del 16/XII/05), en nota de Amelia Castilla, agregando que España ha sido bastante "cicatera y tacaña" con su padre.

A todo esto le prestaría mucha atención la ministra de cultura Carmen Calvo, según publicaría el mismo diario al día siguiente, quien expresó en horas del entierro: “Estoy de acuerdo con la queja de que hemos sido un país cicatero con él”. En términos parecidos se había expresado Fernando Savater la noche anterior, en la capilla ardiente, según la misma nota periodística: “Fue una persona represaliada después de la guerra, y como no ha sido un militante de la izquierda, tampoco se le ha glosado por el otro lado”.

No cabe duda, y de ello son ejemplo las opiniones vertidas, que en España —necesitada de silencios obligados en tiempos necesarios de “reconciliación”, que dieran paso posible al proceso de “transición”— vuelven a mostrarse las posiciones encontradas, divergentes, muchas veces dichas con rabia expresiva. De ahí que en su novela *Tu rostro mañana*, según comentario recibido, Javier Marías se prodigue también en denuestos contra Wenceslao Roces, igualmente maestro mío, cuya sabiduría académica fue proyectada en México a través de la cátedra, primero de Derecho Romano en la Facultad de Derecho y después de Historia de Roma, de Filosofía Social y de Materialismo Histórico, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y extendida a través de sus innumerables traducciones del alemán sobre todo, bien apreciadas por cierto por Gaos —él mismo sobresaliente también en ese oficio— tanto como por Jaeger, quien además valorara de aquel “su conocimiento de la historia del mundo antiguo”.

En contrapartida, el mismo número citado de *El País* traía dos artículos destinados a exaltar la obra propiamente filosófica de Julián Marías, estableciéndola en su significado de época y circunstancias en las que se desarrolló, en los orígenes que la gestaron y en la trascendencia alcanzada por la misma en España y otros países, a través de su lectura y de las explicaciones y enseñanzas que su autor pudo impartir en diversas universidades de su país y del extranjero.

Uno de esos artículos, debido a la pluma de José Luis Abellán, filósofo y presidente del Ateneo de Madrid, ilustra el fondo de su contenido: *Un notable eslabón de la filosofía orteguiana*. A la par de referirse a la fidelidad que Julián Marías le ofrendara por siempre a su maestro, aún y sobre todo en años franquistas que lo llevaron al exilio, señala el hecho de que aquel muriera precisamente el año en que se cumplían cincuenta del deceso de éste. Así mismo, resalta la asimilación que de Ortega consiguió Marías, lo que fue fundamental de la elaboración de su propia filosofía. Destaca también la defensa que hiciera de las posiciones filosóficas de Ortega cuando la ideología de la dictadura, encabezada por “Tres jesuitas y un dominico”, se obstinara en furiosa campaña tratando de conseguir que, lo mismo que a Unamuno, a Ortega se le declarara enemigo de la iglesia católica por sus escritos peligrosos, a lo cual se opondrían tres intelectuales católicos: Pedro Laín Entralgo, José Luis Aranguren y Julián Marías.

A mí, en lo personal, el texto de Abellán me conmovió sobremanera, además de por su contenido, por razones de coincidencias circunstanciales particulares. Apenas en octubre, en visita que le hice al Ateneo de Madrid, habíamos comentado en torno a la filosofía de Julián Marías, a la de Gaos y la de Ortega y sus trascendencias latinoamericanas. Cuando hablamos de la plática que a mi retorno a México estaba comprometido a dar, con motivo de cumplirse cincuenta años de la muerte de Ortega y Gasset, le comenté cómo el introductor de la filosofía de éste a México fue Samuel Ramos, de quien principió a recibirla Leopoldo Zea antes de comenzar a estudiar con Gaos, a la llegada de éste a su transtierro mexicano-latinoamericano. Todo, con motivo de intercambiar ideas sobre el prólogo suyo y el prefacio mío al libro de mi maestro Zea: *Gaos, el transterrado*, que publicaran en coedición el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, un año antes (X/04) de aquella plática.

El otro artículo, titulado *La visión responsable*, se debió al psicólogo Helio Carpintero, biógrafo de Julián Marías. Subraya Carpintero del autor desaparecido que: “Toda su obra nace de una profunda convicción: que el filósofo y el intelectual deben ofrecer ‘una visión responsable’ de la realidad. Ha de procurar que en sus palabras aparezca aquello que de verdad es, con su fundamentación y base, es decir, responsablemente”. Lo considera, en consonancia con ello, una voz que se alzó reiteradamente contra los totalitarismos de todos los signos. Y reconoce, por lo demás, en Julián Marías, su interés por explicarse el desenvolvimiento de la vertebración de España, sintetizado por ejemplo en *España inteligible*, en donde manifiesta el concepto que la determina como una nación que se concibe como europea desde la reconquista, vinculada a una concepción humanista con fundamento cristiano, elaboradora de una fraternidad de países en Hispanoamérica, con base en una lengua común y un conjunto de ideas básicas sobre lo humano.

Sin duda, a Julián Marías seguirá leyéndosele en los medios latinoamericanos. Seguramente en alguna edición crítica, erudita, que en España vaya a decidirse para retomar su conocimiento, como mejor y más valioso modo de reconocimiento a su trabajo intelectual. A lo mejor pueda editársela como tarea que se imponga adoptar la Fundación Ortega y Gasset, si no es que se establece una Fundación que lleve su propio nombre y sea la que se encargue de llevarlo a cabo. ☐

---

**José Luis Balcárcel** (Guatemala, 1932). Filósofo y latinoamericanista guatemalteco, residente en México desde los años cincuenta, cuando llegó exiliado después del golpe militar al presidente Jacobo Árbenz. Llevó a cabo sus estudios de licenciatura, maestría y doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en donde ejerce la cátedra. Autor de una importante obra en el campo de la Estética y la Filosofía Política, trabaja actualmente en la elaboración de una filosofía de la cultura latinoamericana. Es profesor invitado y conferenciante en diversas universidades de distintos países y publica regularmente en varios periódicos, revistas y suplementos culturales.